

XIV

LA VIVA Y LA MUERTA

Bernardo de Arma habíase alejado del Hotel de Villanueva-Marsan con el corazón rebotante de alegría. Como que Solange, accediendo á su súplica, habíale dicho estas palabras : « — Esta noche, á las diez... en la puerta del parque. »

Antes de esa hora debía nuestro caballero encontrarse con algunas otras personas, pues ya sabemos que propontase liquidar de una vez con todas sus enamoradas. Pero aún le era dado disponer de algún tiempo, y para pasarlo distraído hízose transportar á la orilla derecha del Sena, dándose á recorrer á la ventura las calles tortuosas del barrio de San Honorato.

Para saber por dónde andaba en aquellos sitios á los que le llevaba la casualidad, hubiérale sido precisa la compañía del original bandido del cercado de los Cartujos; pero ni Cortomontel ni Matraca se hallaban con él; ni siquiera disponía de Djaulia. Era en aquel mo-

mento un hombre perfectamente libre y perfectamente ocioso, que caminaba sin saber á dónde ni por dónde iba.

Como estaba demasiado acostumbrado á las aventuras, hubo el hombre de tomar sus precauciones por lo que pudiera ocurrir, y dióse á caminar puesta la mano en el pomo de su espada; y tal vez á causa de esta actitud, tal vez por efecto de la hora, pues ya había anochecido, ello es que ningún pelantrín habíasele aún acercado, y que los pocos burgueses que encontrara en su camino, tomaban la tangente para no rozarse con él.

Acababa de pasar junto á una casa destruida por el fuego, y no la reconoció; era sin embargo la misma casa maldita, mejor dicho, lo que quedaba de la casa en la que fuera cuidado, y en la que se vió sitiado y extraordinariamente defendido. Pocos pasos más allá, á favor de la luz mortecina de una lámpara colocada en un retablo, creyó distinguir algo sospechoso.

— Bueno, — pensó — si ese malandrín — porque debe ser un malandrín — vigila á lo largo de ese muro, es porque del otro lado del mismo deben trabajar uno ó más cómplices. Ya tengo pues lo que buscaba : ocupación para entretenerme una hora, dos á lo sumo...

Aprovechándose de que el vigilante hallábase vuelto de espaldas, atravesó la calle, pegándose enseguida á la pared, donde lo envolvieron las tinieblas del cono de sombra, mientras que la claridad de la lámpara se proyectaba sobre el hombre de centinela y sobre la

pared fronteriza en la que Bernardo distinguió una escala de cuerda pendiente de la crestería.

— Seguro estaba de no equivocarme; — se dijo el caballero al notar el detalle de la escala. — Bueno, pues ahora, un poco de paciencia; y en cuanto bajen los otros con su botín, caigo sobre esa canalla, y la paliza va á ser sonada.

El hombre que estaba en acecho dióse á pasear, yendo y viniendo algunos pasos. Era jóven y de gran corpulencia. Su flotante capa descubría rico traje de señor. Para respirar sin duda más libremente habíase quitado el antifaz, y sin dejar de andar distraía sus ocios monologando.

— ¡Llévese el diablo á todos los enamorados! — decía. — Para mi gusto no hay damas tan deseables como las damajuanas de la Pulpa.

— ¡Schomberg! — murmuró Sed de Amor estupefacto. — ¡Es el conde Schomberg! ¿Sí iré á encontrarme aquí con mis amigos del Prado de los Clérigos?

En aquel momento sonó una voz en lo alto del muro.

— Sujeta la escala, conde, que allá vamos.

— ¡Riberac! — se dijo Bernardo. — Pues señor, este Paris es un pozo de sorpresas.

Schomberg sujetó la escala, y contestó bromeando:

— Ya la tengo; pero atad las faldas de la niña, porque yo soy muy pudibundo.

— Lo mejor que puedes hacer es callarte; — dijo una tercera voz. — Calla rte sujetar bien.

El caballero estaba asombrado.

— ¡Entraguet! Sí, sí, la equivocación no es posible;

el que acaba de hablar es el valeroso conde de Entragues... Pero ¡cuerpo del diablo! ¿Qué oficio hacen aquí esos gentileshombres?

Crujía la seda de la escala bajo el peso que soportaba. Por ella descendía, sosteniéndose con una sola mano, el señor de Balzac, y llevando en el otro brazo un cuerpo femenino.

Sed de Amor, siempre en la sombra, devoraba con la vista á aquella mujer que parecía joven, esbelta, y haber dado su consentimiento al rapto, á juzgar por el abandono con que se apoyaba en el pecho del caballero.

Esta última observación le animó. Para él hubiera sido decepción grandísima sorprender una sombra de mal proceder en quien se mostrara tan galante y caballeroso para con él.

Riberac cubría la retirada, y saltó el último á la calle. Una vez en ella arrancó de un tirón la escala, que fué arrollada enseguida.

— ¿Queréis venir conmigo, Yannie? — preguntó Entraguet llevando á la joven hacia el centro de la calle.

Trabajo le costó á Bernardo reconocer en aquella voz la de su amigo y bienhechor Carlos de Entragues.

— Señor y amigo mío, — respondió la joven dando prueba de admirable confianza, — me habéis ofrecido hacerme vuestra esposa y tal promesa me hizo llorar de alegría. Me habéis aconsejado que me deje sacar de mi prisión, y he consentido en abandonar á mi tutor para seguiros... De ahora en adelante sois vos mi pri-

mer pariente, mi único apoyo, mi sola esperanza; ¿con quién queréis que vaya si no es con vos?

El semblante de Entraguet se entenebreció.

— Es que... — dijo con esfuerzo — yo no soy jefe de familia, y la casa donde debo conducirnos pertenece á mi hermano.

— ¿Y eso qué importa, señor y amigo? ¿No ha de ser hermano mío el que lo es vuestro? Vamos pues á su casa.

Carlos, vacilante, exclamó en voz baja.

— ¡Ella lo quiere! ¡Dios mío, y yo que he jurado!

— ¿Dudáis? — preguntó Yannie extrañada. — ¿Es que debo temer algo de parte de vuestro hermano?

— ¡No, oh, no! — exclamó enseguida el gentil-hombre. — Nada tendréis que temer, mientras yo viva.

Hizo una seña á sus compañeros, que saludaron alejándose enseguida, y tomando el brazo de la jóven, alarmada por aquellas palabras ambiguas, la arrojó hacia la calle inmediata.

Sed de Amor no había perdido un solo detalle de aquella extraña escena. Pudo pues observar el embarazo de su amigo, aunque sin comprender la causa que lo motivara. Las últimas palabras pronunciadas por este, sobre todo, sumergíanle en un mar de confusiones.

— Ni que la llevase á enterrar estaría el hombre más triste; — pensaba. — Ahí debe haber algún secreto... Y la joven parece resuelta y confiada como pocas... ¡Muerte de mis huesos! Que se guarden bien de estropearla... Y como aún tengo algún tiempo de qué dis-

poner, adelante; vamos á ver en qué para todo esto.

Así diciendo, Bernardo se lanzó tras la pareja.

No tuvo que ir muy lejos. Al llegar al ángulo de la segunda calle, pudo ver cómo una puerta se cerraba tras el hombre y la mujer á quienes iba él siguiendo.

Su primer cuidado fué el de examinar la fachada de la casa á la cual pertenecía aquella puerta.

— Yo no sé dónde he oído decir — pensaba — que el primer conde de Entragues está algo ido de la cabeza. Loco precisa estar en efecto para vivir en tan siniestra y gigantesca jaula. Sospechando voy que nada bueno puede pasarle ahí dentro á la llamada Yannie. Mi amigo Carlos parecía contrariado al brindarle hospitalidad en este antro; tan contrariado, que cuando dijo aquello de « mientras yo viva » estuve á punto de presentarme á ofrecerle mis servicios. Cualquiera diría que ese muchacho sufre la influencia de alguien... Sí, sí, eso debe ser: que el monomaniaco le domina, fascinándole sin duda. Tal vez es un ogro...

Preocupado por tan importunas ideas, y decidido á no alejarse hasta saber á qué atenerse, dióse Sed de Amor á examinar detenidamente las defensas de la cerrada casa.

Detrás del muro de cerca, cuya altura no excedía de ocho pies, perfilábase la fachada de la mansión, muda y sombría. Construida en esviaje, su perfil se perdía en la obscuridad hacia la izquierda, mientras que la reunión de dos de sus fachadas, á la derecha, formaba casi la albardilla del recinto.

El caballero se frotó de pronto los ojos; acababa de

observar — ¿cómo no lo había visto antes? — un rayito de luz que filtraba por entre las maderas de una ventana del primer piso, la más próxima al muro de cerca.

— ¡Ahí están! — pensó. — Ir á ver si mi presencia ahí arriba es necesaria, será para mí cosa de juego gracias á esta pared providencial. En buscando un punto de apoyo... ¡Ah! este guardacantón. Aquí de mis alas.

Subido en la piedra, agachóse un poco, distendió luego los nervios y músculos de sus piernas, y un momento después sentábase á horcajadas en la cresta del muro, luego de efectuar una flexión admirable.

Un ruido confuso llegó entonces hasta él; rumor de voces, que sonaban en la habitación iluminada interiormente.

Hablaba allí dentro un hombre con tono imperioso, incisivo, duro, y otro con voz que, por el contrario, parecía suplicar. Sólo esta última era conocida de Sed de Amor; pertenecía á su generoso auxiliar de la casa de las miñonas.

— Sin ver y oír no me es posible juzgar; — se dijo. Y trató de orientarse un poco.

Al alcance de su mano se hallaban algunas piedras salientes de las que formaban la cadena de unión de las dos fachadas de que hablamos. Sin vacilar un instante, dejó Sed de Amor el muro, y aventurándose por el primero de aquellos rudimentarios escalones, ganó de un nuevo salto la bovedilla de la ventana del piso bajo; hecho lo cual sólo le restaba subir derechamente, lo que

hizo sirviéndose de la archivolta y algún otro detalle arquitectónico.

— No es muy correcto que digamos esto que hago, — pensó al poner el pie en el balcón — pero el fin justifica los medios. Y el fin es bueno, como lo probaré diciendo á esos caballeros lo que se me ocurra, aunque á decir verdad poco es lo que se me ocurre. Por lo pronto, y para mostrarme correcto, lo mejor será que anuncie mi presencia en este sitio.

Tomada esta resolución, el delicado caballero insinuó sus dedos entre ambas hojas de la ventana y comenzó á separarlas para dejarse ver, diciendo al mismo tiempo:

— Señores, dispensad mi indiscreción, pero temo haberme extraviado, y...

Su garganta se contrajo, negándose á formular ningún otro sonido, al mismo tiempo que se abrían sus ojos demesuradamente; de tal modo terrible y extraordinario le parecía lo que le era dado ver á través de la ensanchada hendidura.

Veía en efecto la cámara-capilla que ya conocemos. En ella hallábanse reunidos los dos de Entragues bajo la presidencia de la muerta. La discusión debió ser acalorada, y por la vez primera en muchos años, el conde Francisco, sofocado por la emoción y por el humo de los cirios, acababa de abrir una ventana; aquella precisamente tras de la cual hubo de presentarse enseguida Sed de Amor.

Ninguno de los dos hermanos se percató del ruido que acababa de producirse en el balcón, por lo que fácil le fué al intruso, sin perjuicio de contemplar el inusi-

tado espectáculo de aquella extraña habitación, oír lo que ambos interlocutores decían.

— Carlos, — exclamó el mayor, prosiguiendo una conversación interrumpida, — temí, la verdad, que hicieras traición á la causa de tu hermana. Veo que la razón, que estuviste á punto de perder, ha vuelto á posesionarse de tu cerebro. Genio y figura... Pero dime, ¿dónde has dejado á la pupila del infame?

Carlos, que estaba tan pálido como sofocado parecía su hermano, guardó silencio.

— ¿Es que te arrepientes de haber procedido como un hidalgo? — siguió diciendo el recluso voluntario. — Supongo que la condenada se halla en tus habitaciones.

— ¡La condenada! — repitió con voz blanda el medusado Carlos.

— Claro que sí. Esta noche hay fiesta en el Hotel de Entragues; los Balzac van á saborear al fin el brebaje embriagador de la venganza, que han cuidado durante diez y siete años para que no se les malogre. Y como la sangre va á purificar nuestro honor, me parece que bien puedo calificar de condenada á la que va á derramar esa sangre purificadora.

— Indigesta prosa la de ese parlanchín, — se dijo Bernardo. Y observando el rugido de angustia y de cólera lanzado por su amigo, hubo de añadir:

— Por lo que se vé, el brebaje de que habla el hombre debe estar envenenado. Sin embargo, espere-mos antes de juzgar; en esta tumba cuyo guardián está loco y en la que la muerte parece como que sonríe

en un globo de cristal, no puede suceder nada que no sea extravagante.

Entraguet había vacilado. Luego respondió con voz sorda:

— El odio os ciega, conde; yo no puedo creer que esa dulce víctima cuya alma está en el cielo sea cómplice en la enorme monstruosidad que proyectáis.

— Un poco de calma, Carlos; — aconsejó el conde.

— Imposible tenerla. Consentí hace tiempo en escucharos y en repetir con vos las palabras de un juramento maldito, es verdad; pero aun cuando al hacerlo abdiqué de toda personal independencia y traicioné mi libre albedrío, lo hice no obstante por fraternal solidaridad. Ahora, haciéndome traer hasta aquí á la desgraciada inocente que acecha vuestro furor insano, destrozáis mi corazón, manchando al mismo tiempo mi conciencia. ¿Cómo pretendéis que conserve la calma en presencia de conducta tan odiosa como la vuestra con respecto á mi?

Mientras hablaba el joven, mirábalo Francisco sin mostrarse enojado por la tremenda é inesperada catilinaria de que era objeto; antes al contrario, parecía como si el sacrificio que su hermano se había impuesto procurase á su alma ulcerada una especie de emoción nunca sentida.

— Conde, — continuó diciendo Entraguet mientras se golpeaba el pecho, — es cierto que juré, como me habéis recordado muchas veces, y no lo es menos que he cumplido mi juramento. Pero no me pidáis que vaya más allá en el camino del sacrificio. ¿Qué digo?

Vos mismo debéis deteneros ya en el de vuestra venganza; porqué un paso más que en él dierais fuera á la vez insultar á Dios, ofender la memoria de esa pobre mártir, y sacrificar una inocente; y os lo digo de una vez y con toda franqueza; si tal pasa, tendré el sentimiento de renegaros y me haré un deber de oponerme á vuestros proyectos.

— ¡Judas! — gritó el hermano mayor, con expresión de tal modo terrible que Bernardo adivinó que la idea del fratricidio acababa de germinar en aquel perturbado cerebro.

— Poco á poco, señor mío; — se dijo desarrollando con presteza el lazo del que tan diestramente sabía servirse. — Tengo aquí una receta infalible para calmar ímpetus belicosos... Pero ¿qué veo, muerte de mis huesos? ¿Tendrá ese irascible conde el poder de matar á distancia!

Decía esto Bernardo porque precisamente en el momento en que el conde Francisco adelantaba la mano con objeto sin duda de ponerla sobre el hombro de su hermano, éste había caído repentinamente al suelo, como herido por un rayo.

Sobre él se inclinó el conde, que auscultó ansioso el pecho de Entraguet. Cuando se enderezó, Bernardo pudo oírle murmurar estas palabras:

— ¡Un desmayo! Efectos de una emoción que se ha prolongado demasiado. ¡Pobre Carlos! Haré lo posible por olvidar tus palabras. Después de todo, natural es que la adolescencia se deje influir por la piedad. Sea pues la edad madura la que castigue.

Acercóse en esto al ataúd de cristal cuya tapa levantó, y dijo como si la muerta pudiera oírlo:

— He aquí á tu vengador, Verbena, pobre víctima sacrificada; dentro de muy poco tiempo quedarás satisfecha y tendrá término tu destierro pues que permanecer entre los vivos es para los muertos un sufrimiento. Ahora voy en busca de la víctima expiatoria de aquella acción indigna que motivó tu rubor, que manchó nuestra honra, destruyó nuestra dicha, é hizo de mí un viudo sin haber sido esposo.

Seguro de que la novia del eterno sueño habíale aprobado, Francisco, con paso firme y lento, volvió hacia atrás y pasando por sobre el cuerpo de Entraguet dirigióse hacia la puerta.

— Anda, anda cuanto antes, rabioso monomaniaco, — decíase el caballero, dispuesto á penetrar en la cámara, — y tarda en volver todo lo posible. Yo me aprovecharé de tu ausencia para ver en qué estado se encuentra mi amigo el conde Carlos. Luego volveré á este escondite, dispuesto á intervenir en cuanto tus locuras tomen carácter peligroso.

Bernardo no pudo llevar á ejecución su propósito, porque aún antes de que el conde la tocara, la puerta se abrió bruscamente, y en el fondo obscuro formado por la galería apareció Yannie de Goulaine, deshecha la cabellera, vestida de blanco, como la muerta, y como ella pálida y tan hermosa como ella, pero llena de vida, como lo demostraba el fuego de sus enormes pupilas que hacían más grandes los círculos violáceos que casi cubrían sus párpados.

Jannie habló, y el sonido de su voz hizo retroceder á Francisco.

— ¿Ibais á buscarme, señor? — dijo — pues aquí me tenéis.

Absorto por la admiración, Sed de Amor se frotaba vigorosamente las manos.

— Eso se llama una muchacha valerosa; — murmuró. — Y si no fuera porque yo amo á Glorieta, digo, á Solange...

Interrumpióse para escuchar, deseoso de no perder ni un detalle de aquella escena interesante como pocas.

Jannie avanzaba, sin embarazo, pero también sin forfantonería, mientras que por el contrario, el conde Francisco iba retrocediendo con pesado paso, difícil la respiración y el pecho oprimido.

Inclinóse la joven sobre el rostro inanimado de Carlos y lo besó en la frente.

— ¡Cómo he de guardarte rencor! — dijo. — Suplicaste, intercediste por mí, y sigo amándote.

El conde encontró al fin algunas palabras.

— Pupila de un buitre, — exclamó con rabia — tú no puedes amar á un Balzac y yo te lo prohibo.

— ¿Por qué? — preguntó Jannie incorporándose.

— Porque tal amor no existe.

— Está aquí, en lo profundo de mi corazón.

— ¡Mientes! Tú blasfemas.

— Yo no sé mentir, señor.

Francisco se apoyó contra la corona del primer candelabro de plata; su mirada sangrienta inspiraba en verdad horror.

— ¡Por el infierno! — gritó. — Si me fuera dado creer en la posibilidad de tal abominación, te juro que hacía vaina para mi puñal del corazón de Carlos, tan seguro como vas á pedirme perdón dentro de algunos momentos.

Así habló Francisco. Pero la tempestad que devastara su alma había sido demasiado violenta para que no se produjese una reacción. Esta vino en forma de silencio durante el cual el conde hizo cuanto pudo por recobrar la calma gravedad que hacía necesaria su papel de justiciero.

Porque es de advertir que su idea macabra continuaba dominándole.

— Joven, — dijo extendiendo la mano hacia la capilla ardiente — ahí tienes á la mujer de quien tu tutor fué verdugo. Hace diez y siete años, tantos como tú cuentas de vida, que ella y yo esperamos este momento, porque la ley del Talión dice « ojo por ojo », y para adquirir de nuevo con el honor el eterno descanso, nos es necesaria la muerte del miserable corruptor de vírgenes; pero no su muerte vulgar, sino provocada por el procedimiento de que él se sirvió, es decir, por la muerte de la mujer que él ama y cuya posesión ambiciona.

Pero Jannie no lo escuchaba. El ademán de su iracundo interlocutor habíala hecho percatarse de la presencia del túmulo y de la de la novia blanca acostada en su féretro de cristal.

Lejos de mostrarse intimidada por tal visión, la intrepida joven sintió que las lágrimas inundaban su

rostro á la sola idea de lo que debió sufrir la pobre muerta tan hermosa, y atraída hacia ella como por un imán, acercóse al estrado.

El conde Francisco la había precedido, y por efecto de dicho movimiento simultáneo quedaron colocados, él á la cabecera y ella á los pies del ataúd de cristal, cuya tapa, como sabemos, había sido levantada.

Sed de Amor, siempre oculto é interesado siempre vivamente, pudo entonces ser testigo invisible de un diálogo tan extraño como angustioso.

Francisco de Balzac, perdidos sus dedos entre los cabellos de la muda compañera de sus noches y de sus días, dióse á salmodiar, con la voz monocorde y lenta de una plañidera antigua, una especie de canto feroz.

— Ella ha venido, Verbena; — decía. — Ha venido, arrastrada por nuestro Carlos cuya varonil belleza seduce á las mujeres... La muy tonta ha caído en el lazo... La tengo en mi poder; está aquí, ¿la ves tú, Verbena? Es una joven noble de Bretaña, una Gulaine, sí; pero es asimismo la pupila amada de tu verdugo... ¡ Ah, ah! Villequier es canciller, gobierna á Francia y á su rey... ¿Quién llegará hasta él, omnipotente? ¿Quién? Nosotros, los Balzac de Entragues cuya terrible venganza hará que se estremezcan de orgullo en sus tumbas nuestros gloriosos abuelos...

— Desgraciado señor, — murmuró Jannie más apenada que temerosa — os compadezco de todo corazón si para traerme hasta aquí os servisteis de vuestro hermano Carlos; tan bajo subterfugio no es propio de un gentilhombre. Y aún os compadezco mucho más si

habéis concebido el propósito de arrebatarme el honor con la vana esperanza de herir á mi tutor y de satisfacer los manes de esta casta mártir, que de rodillas ante el trono del eterno debe implorar del todopoderoso que os devuelva la razón cuanto antes. Sí, yo soy descendiente de Yolanda de Goulaine, la mujer fuerte y guerrera que odió al inglés, y cuyos altos hechos cantados han sido por los mejores soldados. Pues bien, lo mismo que ella, podré morir, pero no deshonrarme.

Bernardo se frotaba las manos con furor. El valor frío de Jannie excitaba en alto grado su admiración.

En cambio dijérase que Francisco no había oído una sola de las palabras pronunciadas por la niña, pues continuaba imperturbable su salmodia.

— Yo la haré mía, Verbena, como él te hizo suya, tú, á quien tanto amé.

La mano del demente pesó de pronto sobre el hombro de Jannie, sin que ésta hiciera resistencia alguna; sólo su mirada, fría como la hoja de un cuchillo, pareció clavarse en la del conde.

Este siguió desvariando :

— Mira, Verbena, tú á quien siempre adoré, mira cómo la garra del león oprime el alma del chacal. Su sangre, toda su sangre para lavar la ofensa... Sí, pero antes, el sacrificio debido.

Aquel hombre, genio del castigo, que se creía en tales momentos dotado del vigor de un coloso, hallábase en realidad más débil que un niño; tanto, que sin esfuerzo aparente Jannie supo substraerse á la presión de la mano del conde.

— Probar á esa dulce víctima cuánto detesto y reprobó la criminal acción de que hubo de lamentarse, será para mí, señor conde, una dicha y no una humillación como creéis.

Dicho esto, é inclinándose sobre la muerta, vertió abundantes lágrimas sobre sus pies helados y besó sus manos, y hasta sus labios.

Petrificado de horror, Francisco quiso protestar contra lo que á él le parecía un sacrilegio, pero su garganta no dejó pasar sonido alguno.

— Verbena, hermana mía en sufrimientos — suspiraba la angélica muchacha — tu fin desastroso me conmueve y me conmueve más aún que se pretenda reavivar tus torturas haciendote cómplice de una nueva ignominia. Si es que puedes oirme desde el cielo, en donde sin duda moras entre los ángeles, si es que desde allí puedes verme, ámate por un momento, formula una sonrisa, haz en fin de modo que este hombre se convenza de que tu protección, ¡oh virgen y mártir! llega hasta mí y me ampara...

Un reloj cercano, el de San Honorato, desgranó en aquel momento ocho campanadas.

— ¡Las ocho ya! — pensó Sed de Amor, que las había contado; — el tiempo vuela, y para seguir aquí sólo dispongo de pocos minutos... Afortunadamente ese monomaniaco parece vencido.

El conde en efecto temblaba como un azogado; parecía que su muerta, en quien siempre se complació en ver una Euménide, iba á levantarse de un momento á otro para aplastar á la audaz profanadora.

Y he aquí que de pronto se estremeció con inaudita violencia. Su mano acababa de tropezar con la mano de Verbena, á la que comunicara un poco de calor los besos de Jannie, y hubo de parecerle que quemaba. Miró entonces al rostro de la que fué su prometida, y lanzó un grito estridente.

La muerta sonreía.

Persuadido entonces de que la manifestación que de ella se reclamara acababa de producirse, de que llegaba el perdón de ultratumba, lanzó el conde un aullido que nada tenía de humano y salió atropelladamente de la cámara mortuoria, víctima de terrible crisis nerviosa. Un momento después gritaba como un loco recorriendo inconsciente los corredores de aquel Hotel-convento:

— ¡Verbena ha sonreído! ¡Verbena está contenta!

Apenas salido el conde, abrió Bernardo de Arma las maderas, entró en la habitación y aproximóse á Jannie de Goulaine para saludarla con respeto.

— Señorita, — dijo — ved en mí á un fiel servidor. El amo de esta casa va á volver de un momento á otro. Preciso es que os apresuréis á escoger asilo más seguro que éste.

— ¿Pero cuál? — preguntó la joven luego de examinar ligeramente al intruso y convencida sin duda de su franqueza.

— Eso es cosa del señor Carlos, señorita, á quien voy á volver á la vida en el acto.

Diciendo y haciendo Bernardo se apoderó de uno de los cirios encendidos.

— ¡Pero vais á quemarle? — exclamó la joven asustada.

— Es un medio excelente, señorita; tanto más indicado ahora cuanto que no tenemos tiempo que perder.

Preciso es creer que el medio empleado por Sed de Amor era en verdad expeditivo, por cuanto al repetir las ocho campanadas el reloj de San Honorato, Carlos de Entragues, vuelto en sí de su desmayo, Jannie de Goulaine y el salvador de ambos, hallábanse ya en la calle del Gallo.

Bernardo habló brevemente :

— Señor de Entragues, — dijo — creo que obraréis cuerdamente tomando á la derecha; alguien llega por el lado izquierdo.

Y Entragues dijo á su vez :

— Os debo, caballero, mucho más de lo que de mí aceptasteis. ¿No queréis acompañarnos?

— De ningún modo, conde. Y puesto que ya estáis en posesión de vuestra dicha, permitidme que corra yo á mi vez en busca de la mía.

Carlos y Jannie se alejaron.

Disponíase Sed de Amor á hacer lo mismo, cuando un hombre, surgiendo del cono de sombra, acercóse á la puerta del Hotel y golpeó con el aldabón, gritando enseguida :

— ¡Señor de Balzac, conde de Entragues, si no sois un cobarde, abrid en el acto al marqués Luis de Villequier!

XV

EN LA CUMBRE DEL CALVARIO

La Casa de la ciudad ha representado siempre papel importantísimo en todas las fases de la historia de París.

Como el palacio municipal, cuya primera piedra pusiera con gran pompa Francisco I, empezaba apenas á elevarse sobre sus cimientos en la época en que ocurren los sucesos que relatamos, los concejales de la ciudad y los prebostes de los mercaderes hallábanse aún instalados, como es natural, en la casa comprada con este objeto por Esteban Marcel en 1357.

Dicha casa, conocida con el nombre de Locutorio de los burgueses ó Casa de los pilares, por el gran número de estos que sostenían su primer piso, hallábase situada en uno de los lados de la Plaza de Greve, que en castellano sería de la huelga.

Dicho edificio, ruinoso ya en aquel entonces, resultaba pequeño, insuficiente para el objeto á que se le desti-